



**JOSEP M. DE SAGARRA, «Sobre teatro», article
publicat a *Destino*, núm. 835 10 d'agost de 1953.**

A la sobra de nuestra dulcísima temperatura tropical, y desde nuestro antepalco vacío de contertulios, de temas apasionantes y de audaces ideas, porque el calor ha convertido en aves migratorias las latentes imágenes que aquí nos sirven para echar mano de ellas y aliñar con su jugo el cansancio de nuestra prosa; en un sudoroso silencio teatral, animado solamente por una feliz cucaracha que, con su estival desfachatez, cruza nuestro horizonte, ¿qué mejor argumento podemos elegir para pasar el rato que el de la dolorosa situación de nuestras aventuras teatrales?

Nuestro país, con su enorme historia teatral, no es precisamente de los que, desde sus cimas rectoras, otorgue una protección oficial al arte escénico con la magnanimitad, el lujo y hasta el despilfarro que se aprecian en otros países, no tan ricos ni tan densos, teatralmente, como el nuestro.

Si se compara lo que han gastado, en todo lo que va de siglo, para vitalizar oficialmente el teatro, no países como Francia e Inglaterra, sino otros más modestos, como Suecia o Bélgica, y lo que se ha gastado en España, la

diferencia será más que notable a favor de aquellos países. A pesar de los pesares, hoy cuenta la capital de España con dos teatros dignamente subvencionados e intervenidos por el Estado, en los que se procura salvar y dar un sentido de perpetuidad al viejo teatro español. Se subvencionan, más o menos modestamente, algunas nobles iniciativas, algunos intentos esporádicos que tiendan a espiritualizar un poco la ñoñez o la rutina de nuestros escenarios; pero, en general, lo que buenamente se hace en este sentido es muy poco. Hay que fiarlo todo a la abnegación, al entusiasmo y hasta a las ganas de perder dinero de ciertas minorías, a las cuales no se les puede exigir una desinteresada perseverancia. En el vasto ruedo ibérico los enemigos del teatro son múltiples y complejos. La escena vive cada vez más a precario, y para remediar su situación hay que confesar que todos los que nos interesamos por el teatro no hemos hecho gran cosa.

Es tan grave la situación teatral, que en muchísimas poblaciones de cierta importancia los empresarios ya no ceden sus locales a las compañías durante los días festivos si no es pagando primas considerables, para resarcirse de lo que —según ellos— dejan de ganar con el teatro y sacrificando el celuloide a los actores de carne y hueso;

porque en tales poblaciones, y según el criterio de los empresarios, el cine rinde muchísimo más que el teatro.

En no pocas capitales de provincia españolas, en las que existen magníficos, y ya venerables, teatros municipales, se da el caso de que las paredes de esos dignos edificios han olvidado las resonancias de la voz humana y sólo conocen el mecánico procedimiento del doblaje.

Esto, y la carestía de la vida, que afecta a las formaciones teatrales, hace cada vez más exigua la expansión del arte escénico en nuestro país. En la mayoría de los pueblos españoles se ignoran los autores y los actores teatrales indígenas, mientras cada vez se hace más profundo un culto grotesco a las «estrellas» internacionales de la temporada.

Pero a pesar de todos estos grandes males, a los que, por ahora, no veo aplicar grandes remedios, el teatro español, aunque no le sobren las carnes, sigue proyectando su esqueleto, su médula y sus esenciales músculos sobre la topografía espiritual del país.

No podemos decir lo mismo respecto al teatro catalán. Este teatro nuestro, al que, sin que nuestra frase roce con la más leve intención de chiste, hemos dedicado los mejores

años de nuestra vida, se halla actualmente en una de las situaciones más absurdas y más desconcertantes.

Y lo notable es que son muchísimas las personas, y alguna entre ellas de mucha categoría y de gran solvencia, que nos preguntan por el estado de salud y por el futuro material de nuestra escena.

No deja de ser chocante que precisamente en estas últimas temporadas hayamos podido apreciar un creciente interés por nuestro teatro catalán entre personas que antes vivían completamente alejadas de él y les importaba un comino la labor que en cuarenta años hemos hecho los autores, los actores y los empresarios de teatro catalán.

Pero lo realmente triste es que esta misma curiosidad y este mismo interés de un sector más que respetable y apacible, se limiten a las preguntas.

Entre los que han demostrado una entusiasta movilización sentimental existen elementos de positiva influencia en la vida económica del país, que saben perfectamente que la continuidad teatral no puede cimentarse sobre empresas improvisadas, sobre personales caprichos o sobre generosos arranques, que no harán otra cosa que jugarse a cara o cruz los posibles beneficios o las posibles pérdidas

de una temporada.

Es posible que las cosas continúen como hasta ahora, y que los que dependemos en cierta manera del teatro sigamos estrenando, con el corazón colgado siempre de la improvisación. Pero también es posible que todo lo que se refiere a nuestro teatro adquiera todavía una tonalidad más negra, y que autores, actores y público se conviertan en estériles clientes de la decepción y del desengaño. Y esto, que sería más que lamentable, tendría un remedio, lo tiene todavía; porque el teatro catalán, con unas modestas garantías de continuidad, no puede dejar de ser algo vivo y real, y, como a todo lo vivo y real, no hay que augurarle —fatalmente— una inevitable quiebra.